

## Adaptarse o perecer

HACE TIEMPO QUE SE SABE QUE NUESTRO ÁRBOL GENEALÓGICO no parte de Adán y Eva y que el nacimiento del mundo y el hombre no fueron fruto de un

acto, sino de un proceso. Pero este saber, hoy casi trivial, había encontrado en la Iglesia católica un obstáculo difícil de eludir. Hace unas semanas, no

obstante, Juan Pablo II remitió un mensaje a la Academia Pontificia de Ciencias, en la que apoyaba la teoría de la evolución de las especies en estos términos: "Los nuevos conocimientos llevan a la aceptación de la teoría de la evolución como más que sólo una hipótesis... La convergencia, ni buscada ni provocada, de los resultados de los estudios realizados con independencia unos y otros, constituye en sí misma un argumento en favor de esta teoría".

La decisión ha llegado tarde, como siempre, aunque esta vez a la Iglesia de Roma sólo le ha llevado poco más de cien años aceptar que el ser humano no ha sido siempre como es hoy y que nuestro origen procede de la evolución de formas de vida previas. Pero más tarde que nunca. Galileo, pongo por caso, hubo de esperar tres siglos y medio para que la curia romana le perdonara su pecado de haber contradicho la Biblia.

Me pregunto qué dirán los integristas que aceptan de modo literal las alegorías del Génesis y, sobre todo, el mito de la creación —¿digital?— del hombre, tal y como lo plasmó Miguel Ángel en la Sixtina. Pero si algo se deduce de la decisión papal es que, salvo para el fundamentalista, que todo lo sabe porque todo lo cree, apenas conocemos nuestro origen. Los hallazgos de la ciencia, de otra parte, contradicen la narrativa del Génesis. Así y todo, cientos de millones de personas siguen aferrados a esa trama de leyendas

que, si fue útil tiempo atrás para explicar nuestro origen, son más ficción que otra cosa.

La decisión del Vaticano ha coincidido, curiosamente, con un largo artículo aparecido estos días en la revista *Time* y dedicado al libro del Génesis. En dicho ensayo, Kenneth L. Woodward, editor religioso del semanario, se hacía eco de una serie de debates sobre el tema, difundidos por la televisión pública norteamericana (PBS) y en la cual privaba el desacuerdo.

Todo lo cual viene a advertir que el tema de nuestros orígenes siguen estando en el primer plano de la actualidad, tal vez por tratarse del enigma más fascinante de todos. Y el Vaticano no ha sido ajeno a esta inquietud que Pío XII hizo pública en su encíclica *Humani generis* de 1950. En ella afirmaba, y Juan Pablo II reafirma ahora, que la Iglesia no rechazaba las investigaciones sobre "el origen del cuerpo humano en una materia viva y preexistente", siempre y cuando se aceptara también que, en un momento determinado Dios le infundió un alma inmortal.

Nadie podría decir, sin embargo, en qué fase de la evolución biológica del hombre, que ha durado más de cuatro millones de años, el Creador le dotó de alma. ¿Fue en la era del *Australopithecus afarensis*? ¿En la de los *neanderthales*? ¿Acaso cuando se puso de pie?

La cuestión es tan evasiva como preguntarse cuándo el hombre empezó a ser inteligente.

Pero el hecho de aceptar que el género humano proceda de una *materia viva anterior* descalifica, a mi juicio, los primeros capítulos del Génesis y los muchos errores en que incurrió su redactor. Entre ellos, el tan discutido “hagamos el hombre a nuestra imagen y semejanza”, donde ese *hagamos* puede ser un plural mayestático, propio del monoteísmo, pero también influencia del politeísmo —“hagamos, nosotros, los dioses”— al que el pueblo judío esta expuesto.

### *Razón trivial*

LA RAZÓN TAMBIÉN ES TRIVIAL. Aunque escritos por judíos, muchos de los mitos del Génesis son de raíz sumeria o babilónica y por tanto anteriores a él. Esto significa que gran parte del texto no es palabra de Dios, sino palabra sustraída a otros dioses. Con lo cual, lo que algunos llaman revelación no es sino plagio, pues ni el jardín del Edén, ni el diluvio, ni el Arca de Noé son temas judíos, sino paganos. Pero los fieles desconocen éstos y otros datos, y los predicadores guardan silencio sobre los mismos para no complicarse la vida.

Lo que importa subrayar, no obstante, es que el acomodo del Vaticano a este asunto es un caso más de lo que ha dado por llamarse “evolución teísta”, es decir, el proceso por el cual los credos se han venido adaptando sutilmente a

No descubriré la rueda si digo que el Creador, siendo un espíritu puro, no pudo hacer el hombre a su imagen y semejanza. Tampoco es nuevo afirmar que el Génesis no fue el primer libro sagrado en orden cronológico, sino que fue escrito después de los demás del Pentateuco. Por último, guste o no guste admitirlo, los hallazgos arqueológicos demuestran que gran parte de lo que se cuenta en el citado libro no pudo haber sido inspirado por Yahvé.

los hallazgos de la ciencia. De suerte que, en la actualidad, sólo aquellas denominaciones religiosas que insisten en una interpretación literal de la Biblia rechazan la versión científica de nuestros orígenes.

Lo que no deja de causar sonrojo ajeno. Pues decir, por ejemplo, que la Tierra y el hombre fueron creados hace cinco milenios, cuando sólo la transformación de la materia orgánica en petróleo necesita millones de años, es ridículo. E insistir en la creencia del diluvio universal, cuando no hay un solo indicio geológico sobre que tal cosa haya ocurrido, también.

Existen, literalmente hablando, cientos de “creaciones”. Y si el lector desea pasar un buen rato, le recomiendo el libro *A dictionary of Creation mits.* de David y

Margaret Leeming (Oxford University Press, 1994), donde podrá hallar un buen número de ellas. Pero el *Génesis* al igual que el *Popol Vuh* maya quiché, el *Kalevala* finlandés o el *Mahabharatá* hindú— es una ficción ideada por la cultura judía para explicar los orígenes del mundo y del hombre.

Pero ni el universo fue hecho en un día, ni el hombre fue creado con la perfección que se muestra en la Sixtina, sino bastante más bruto

y más feo. En este sentido, el Vaticano ha visto venir el futuro. Y actuando en consecuencia, no ha hecho más que escapar —una vez más— al dilema de adaptarse o perecer, el cual, mire usted qué paradoja, es el postulado esencial de la teoría de la evolución de las especies y una de las razones que ha permitido a la Iglesia de Roma sobrevivir hasta nuestros días.☺

*Francisco Pérez de Antón*